

JORGE JAVIER VÁZQUEZ

Último verano de juventud



 Planeta

Rosario
2013

Jorge Javier Vázquez



Último verano de juventud

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con Cedro a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© Jorge Javier Vázquez, 2015
© Editorial Planeta, S. A., 2015
Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona
www.editorial.planeta.es
www.planetadelibros.com

Diseño de la colección: © Compañía

Primera edición: septiembre de 2015
Depósito legal: B. 17.885-2015
ISBN: 978-84-08-14473-1
Preimpresión: J. A. Diseño Editorial, S. L.
Impresión: Cayfosa
Printed in Spain - Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**

ÍNDICE

1. La apariencia del orden	11
2. Alcohol y química	43
3. El amor en los tiempos de Fermín	67
4. El servicio	99
5. <i>Iba en serio</i> : la Mari y Kiti	117
6. La Gran Crisis	137
7. Fermín	163
8. Una familia particular	203
9. El Club	233
10. Izan	257
11. El último verano	295

LA APARIENCIA DEL ORDEN

Tengo cuarenta y cuatro años, aunque estoy convencido de que tengo cuarenta y siete porque he decidido que a esa edad iniciaré una nueva vida. En tres años finalizo mi contrato con la cadena para la que trabajo y si renuevo, volveré a hacerlo con la condición de no presentar un programa diario. Llevo seis años y medio presentando uno de más de cuatro horas —el anterior duró cinco años— y a veces siento que comienzan a flaquearme las fuerzas. Intento entregarme, pero me cuesta permanecer atento a lo que sucede. Mientras mis colaboradores hablan, yo aprovecho para conectarme al iPhone y evadirme. Cuando acaba el programa procuro no hacer demasiado examen de conciencia porque la conclusión sería devastadora. No me parece honesto comportarme así en el trabajo.

No debí renovar el año pasado, pero me faltó valor. Me ofrecieron una considerable cantidad de dinero por seguir tres años más y no supe negarme. Me cegué. Solo Fermín, mi novio, entendía que tuviera dudas. El resto de mi familia —con mi cuñado Eduardo, que además es mi administrador, al frente— se escandalizó cuando planteé la posibilidad de retirarme por un tiempo. Intentaba explicarles que mi trabajo era muy duro y que estaba cansado de tanta exposición, pero ellos se miraban unos a otros como si les estuviera hablando en chino mandarín y hacían gestos negativos con la cabeza. Daba la impresión de que me tomaban por loco. Mi hermana Ana, la mayor, era la más beligerante.

—Pero ¿tú qué te piensas? ¿Que no hay trabajos duros? ¡Mira yo, que llevo treinta años en la misma empresa!

Su ejemplo no me servía, aunque no se lo dije porque no es muy dada a atender a razones. Cuando intentas explicarle algo, te suelta un «no, si yo te entiendo, pero...». Ese «pero» indica que vuelve a lo suyo sin replantearse mínimamente sus esquemas.

Si hubiera hecho caso a mi novio, ahora no estaría deseando que el tiempo que me queda para finalizar el contrato pasara lo más rápido posible.

—Fermín, ¿qué te parecería si en vez de renovar nos tomáramos un año sabático?

—A mí me harías el hombre más feliz del mundo.

—Podríamos jugar a vivir una temporada en varias ciudades: tres meses en París, otros tres en Londres, luego Miami. No sé si quiero seguir trabajando en la tele. También hemos de valorar qué pasará si no renuevo. A lo mejor nos toca venderlo todo y marcharnos a vivir a un apartamento.

—¿Y dónde está el problema?

Esa es una de las cualidades que más me gustan de Fermín: su escaso apego a las cosas materiales. Vivimos muy bien gracias a mi trabajo, pero para él es mucho más importante que nuestra relación funcione. Lo tiene claro: prefiere sacrificar comodidades e invertir en afectos.

—Sabes que no me gusta que trabajes tanto. No te dejas ni un minuto libre, no sabes aburrirte. Piénsalo, yo te voy a apoyar en todo lo que hagas. Pero no olvides que cada vez llevas peor un montón de cosas, entre ellas la popularidad.

La popularidad era una de ellas, tenía razón. Aunque también se instalaba en mí un sentimiento de nostalgia anticipada: me estaba despidiendo de mi juventud. Se me estaba yendo el tiempo. Sentía que mi trabajo me absorbía demasiado y me impedía dedicarme a otras cosas, y eso me inquietaba.

Sucedió ese mismo verano, en una terraza de Hoi An, un pueblo precioso de Vietnam. Fermín se fue a dar una vuelta y yo me quedé tomando un café. De repente apareció un grupo de mochileros jóvenes,

guapos, riéndose con una intensidad que provocó en mí el efecto contrario. No fue tristeza, era algo más indefinido. Melancolía, nostalgia, quizá. Parecían despreocupados, dueños de su vida, de su tiempo. Los envidiaba: mis vacaciones no eran más que un espejismo porque a los pocos días tendría que volver obligatoriamente a Madrid para reincorporarme a mi previsible existencia. Echaba de menos un punto de locura. Incluso en el terreno sexual. Creía que no estaría mal que apareciera alguien con la intención de desordenar las sábanas de mi cama.

Sin embargo, firmé. Haciendo oídos sordos a mi novio, firmé y renové. ¿Fue para bien?

Como tengo cuarenta y cuatro pero pienso que en realidad tengo cuarenta y siete, me siento mayor. Mayor y gordo. Mayor, gordo y feo. Físicamente, la idea de lo que quiero ser y lo que en realidad soy no concuerda. No tengo un físico ni una genética agraciada. No soy guapo —cómodo de ver a lo sumo— ni alto, aunque jamás haya tenido complejo de bajito. Peso diez kilos de más, retengo líquidos y mi cara parece una hogaza, de puro redonda. Me gustaría pesar quince kilos menos, ser fibrado y marcar mandíbula. Detesto mi torso, tan ancho, los brazos sin forma y una barriga que se hincha y se deshincha a su antojo. Yo no sé a cuántos especialistas habré visitado ya para ver

si encuentran el porqué de esos continuos cambios de volumen, pero ninguno ha dado con la solución.

Se diría que a Fermín no le importan esos cambios físicos a peor, y cuando ve que al examinarme frente al espejo me pongo triste, se coloca detrás de mí, intenta darme un beso en el cuello que yo rechazo y pronuncia una frase que me cuesta creer:

—A mí me parece que tienes un cuerpo muy bonito.

En ese aspecto, como en otros, Fermín es mucho más generoso que yo. No es que su cuerpo me haya dejado de gustar, pero, desde luego, no me gusta como antes. Cuando lo conocí era un chico delgado, no musculoso pero sí musculado, con unos pectorales marcadísimos que me volvían loco. Hacía deporte y tenía cuidado con la alimentación. Desde hace algún tiempo está un pelín descuidado tanto con una cosa como con la otra. No se corta a la hora de beber y come garradas a discreción. Antes eso no le engordaba, pero ahora —tiene tres años menos que yo, tampoco son tantos— sucumbir a esos placeres le está empezando a pasar factura. A veces se muestra incómodo con su barriga y amenaza con hacerse una liposucción, pero lo normal es que se la agarre, suelte una carcajada, diga que eso es consecuencia de su felicidad y vaya a por una cerveza para celebrarlo. A mí esos arranques de alegría me ponen de los nervios. Preferiría que tuviera un mínimo sentimiento de culpa, aunque también es verdad que no me ha-

ría ninguna gracia vivir con un tío que estuviera siempre quejándose de lo mal que tiene el cuerpo. Vamos, que me resultaría imposible compartir existencia con alguien como yo.

Me entristece estar gordo, pero lo que más pena me da es saber que nunca seré como soñé ser. Me cuesta estar a dieta, pasar privaciones, beber poco. Quisiera comer postres, darle al alpiste sin medida y aun así tener un cuerpo digno. Pero en mi cuerpo los milagros no existen.

Estamos de vacaciones en Mauricio, Semana Santa, las únicas que vamos a tener en todo el año porque en septiembre estreno una obra de teatro. Me paso el día pesándome y diciendo que no a copas de vino, coulants de chocolate con helado de vainilla y tentaciones varias.

Dispuesto a poner remedio a mi desparrame corporal, me planté hace dos semanas en la consulta de una nutricionista. Me obligó a subir a una báscula y la máquina infernal no solo dictaminó que me sobraban una barbaridad de kilos, sino que además tenía una edad metabólica de cincuenta y nueve años. Cincuenta y nueve. Por si cuarenta y siete no bastaban. Una ruina, vamos. Me puse a dieta estricta y en dos semanas adelgacé cerca de dos kilos.

—Deberían haber sido más —me recriminó la nutricionista con maneras propias de comandante de las SS.

Le contesté que para mí el resultado era estupendo y que lo peor sería sobrevivir a las vacaciones. Me iba con mi novio a Mauricio y no quería que las privaciones enturbiaran nuestra semana de descanso.

—Oye, pues si te quiere, que se sacrifique un poco por ti —me aconsejó con un leve acento vasco.

—Si el que no quiere sacrificarse soy yo, que me estás quitando hasta las ganas de ir. ¿Ni una copa de vino me dejas?

—¿De vino, dices? Qué va, hombre, qué va. Por ahora nada.

Le puse cara de perro perdido y sonrió (poco). Yo creo que es borde para que los gordos que vamos a verla no cojamos confianza y por pena nos deje comer un trocito de pan, una copa de vino o un pastel de chocolate. El caso es que estoy bebiendo mucho menos que en otras vacaciones, aunque por las noches tengo que hacer esfuerzos titánicos para no sucumbir al millojas de vainilla. Ayer estuve a punto de caer y cuando al final decidí que no me lo tomaba, me dio el bajón.

—Estoy cansado de tanta renuncia. Me quedo sin fuerzas —musité en plan moribundo en el lecho de muerte.

Fermín se rebotó.

—Deja de decir tonterías. No soporto esos arranques de tristeza. Estás haciendo cosas para estar mejor y ya lo estás consiguiendo. Tienes la cara más afilada y no estás tan hinchado.

Me puse en guardia.

—O sea, ¿que antes estaba gordo? Pues bien que te lo callabas. E incluso me decías que no cuando te lo preguntaba.

—Solo te digo que estás mejor ahora. Y es lo que estás buscando porque cuando hagas teatro lo vas a notar. Tienes esa meta, ¿no?, ¡pues ve a por ella! También te digo que a mí me la pela cómo estés. Pero no te pongas triste por esas tonterías, porque si no, me voy a cabrear.

Al llegar a la habitación me subí a la báscula. Sería la decimocuarta vez que lo hacía a lo largo del día. Tres veces menos que el día anterior.

—¡No te peses ahora, que te vas a asustar!

—No, no. Si pesándome ahora sé más o menos lo que pesaré nada más levantarme. Tranquilo.

El resultado no era el que yo esperaba después de un día de privaciones. Le pedí a dios —a cualquiera, me daba igual, un dios mauriciano mismo— que tuviera que despertarme muchas veces para ir a mear. No importaba que durmiera a trompicones. Necesitaba deshacerme de líquidos.

Nada más levantarme me pesé: 84,7. Había adelgazado cien gramos de ayer a hoy. Bien. La decepción llegó cuando después de ir al baño volví a pesarme y me puse en 85. Quien lo entienda, que me lo explique.

Hemos contratado una excursión para esta mañana: cuatro horas en lancha al razonable precio de quinientos euros. Un timo. Dos negritos jóvenes —eufemismo, dos maromazos en realidad— nos llevan con mucho entusiasmo de paseo, pero más pronto que tarde se dan cuenta de que han topado con un par de siesos. Nos enseñan unos monitos encaramados a un árbol y se sorprenden de que no queramos fotografiarlos. Lo mismo sucede cuando nos acercan a unas pequeñas cataratas y a una cárcel enclavada en una isla diminuta.

—Tranquilos, no queremos bajar. Seguimos con la excursión.

—¿Os apetece daros un baño en alta mar?

—Síííí —decimos con la boca chica Fermín y yo, más que nada porque nos da apuro pronunciar otro «no».

El baño se queda en que Fermín me espera en la lancha tomándose una cerveza mientras yo hago unos cuantos largos. Pocos, porque tengo una infección en el oído izquierdo y el médico del hotel me ha dicho que cuanto menos agua me entre, mejor. Cuando me canso de hacer el vaina en el mar, me subo a la lancha con dificultad y me desparramo como un pequeño cetáceo en los asientos de la parte delantera.

—¿Queréis ir a una islita pequeña muy tranquila?

—¡Ay, sí!

Fingimos euforia. Nos da un poco de palo ser tan cardos con esos muchachos tan simpáticos.

La islita es muy pequeña, sí, y como la lancha puede acercarse bastante a ella, no tengo que dar la nota ni para bajar ni para subir. Una vez en tierra, los dos negritos desaparecen. Fijo que se han dado cuenta de que somos maricones, pero ¿pensarían que nos íbamos a poner a follar ahí como una pareja de adolescentes? No. La realidad, como siempre, es mucho más prosaica. Como no nos ha salido de los mismísimos visitar nada de lo que nos han propuesto, tienen que hacer tiempo para cumplir las horas pactadas de la excursión.

Aprovecho para pedirle a Fermín que me haga una foto para subirla a mis redes.

—No me saques las tetas, solo de hombros para arriba.

Sé por qué lo digo. Cuando llegamos al hotel —cuarenta y cinco minutos antes de la hora prevista, ¿nos rebajarán la parte proporcional que no hemos cumplido?—, la subo con un texto que dice: «Ensayando para *Supervivientes 2015*». Un pequeño guiño al programa que voy a presentar por tercera vez dentro de una semana y media. En poco menos de un cuarto de hora la fotografía provoca más de quinientos comentarios: «Feo y gordo», «Cosa mal hecha de hombre, que jode la retina a cualquiera que lo vea», «Feo, gordo y calvo», «No enseña el cuerpo porque echamos a correr», «Enano y feo». Son solo algunos de ellos. Otros, con todo el cariño del mundo, intentan ayu-

dar, aunque más bien terminan de rematarlo: «No es guapo, pero hace bien su trabajo», «La belleza está en el interior» y así.

¿Me duele? Sí. Me duele porque no puedo cabrearme con los que me llaman gordo. Lo estoy. Eso es lo que me encabrona, que ya no me puedo refugiar en el tópico de que «la tele engorda». A mí mismo cuando estoy trabajando me cuesta verme en los plasmas habilitados en el plató. Rechazo mi imagen. No me gusto.

Caigo en la cuenta de que mi trabajo lo ve muchísima gente, cerca de tres millones de personas de media cada programa que presento. Y que te vean no quiere decir que les gustes. Cientos de ellos, miles, me insultarán cuando aparezca en sus televisores. Pero no quiero ponerme triste, que entonces Fermín se cabrea. Al fin y al cabo, son gente anónima y su opinión no debería importarme. Me enfadan muchísimo más algunos whatsapps que me envía mi hermana Ana. Rescato el último, que me ha sacado de quicio:

«La mama me ha dicho lo de tu dieta. Yo te veo más deshinchado. Que es lo que te hacía falta porque gordura no es. Así te encontrarás mejor para el teatro».

Cuando lo recibí, llamé a Fermín indignado:

—Pero ¿tú te puedes creer los mensajes que me envía mi hermana? ¿Acaso le digo yo cuándo ha ganado kilos? No entiendo que se tome esas libertades

conmigo, quiero llamarla para enviarla a la mierda y decirle que esos mensajes me hacen daño. Bueno, lo de enviarla a la mierda no, porque se va a liar, pero lo de que me hace daño sí que se lo digo.

Al otro lado del teléfono Fermín se calló y no dijo ni mu porque sabía que al final no haría nada. Me cuesta enfrentarme a mi familia. Y sé que mi hermana lo hace con la mejor de sus intenciones, pero tiene que empezar a aprender que un silencio es, a veces, más sanador que un consejo.

—¿Sabes qué te digo, Fermín? Que voy a utilizar los whatsapps de Ana para el libro.

—O sea, que va a ser para ti como una terapia.

—¡Pues sí!

Con el tiempo me di cuenta de que ese mensaje en concreto tampoco era nada del otro jueves. Me pilló en un mal momento. Lo que sucedió es que con los mensajitos, mails o consejos varios de mi hermana, llovía sobre mojado.

Después de la (corta) excursión almorzamos —con poco vino—, volvemos a la habitación y tomamos él un café y yo un té verde porque es adelgazante. Al ir al agua nos cruzamos con un matrimonio de españoles con sus dos hijas. Se nos arrugó el morro. Cada vez que tenemos vacaciones, ponemos horas y horas de avión de por medio para coincidir lo menos posible con españoles. Y mucho menos en la playa. Si alguna revista me saca en bañador, tengo todos los números

para convertirme en el hazmerreír nacional, y justo en este momento de mi vida no tengo la autoestima preparada para salir a flote.

Ser tan popular sale carísimo a no ser que te atraiga vivir pegándote continuamente baños de masas. Cuando los españoles me detectan suelen seguir todos el mismo patrón. Se acercan y dicen:

—Perdona, sé que es una molestia, pero ¿puedo hacerme una foto contigo?

—Lo siento, me gustaría, pero la cadena me prohíbe hacerme fotos fuera del plató de televisión.

Es una excusa que me he inventado a la que le he sacado mucho rendimiento. Ahora que la acabo de hacer pública, tendré que buscarme otra.

También tiran mucho de esta otra frase para lograr una instantánea.

—Mira, por favor, una fotografía, la última. Es que, si no, mi madre no se lo va a creer.

¡Madre mía! De verdad que se asombrarían si me entretuviera contándoles que antes de que ellos me lo pidieran he podido escuchar trescientos millones de veces la frase: «La última, de verdad, solo la última».

No me hago fotos. Ante mi negativa, las respuestas suelen ser:

—Pues entonces voy a dejar de verte.

A lo que yo contesto para mí cuando tengo un mal día: «Ojalá, así nos quitan el programa».

O:

—¡Qué antipático eres! ¡No pensé que fueras así!
Es decir, que veinte años de carrera en televisión se van a tomar por saco cuando te niegas a convertirte en carne disecada de smartphone.

El Viernes Santo me hace dos regalos: el resultado de la báscula —84,5 la primera vez que me pesé, a eso de las seis y media de la mañana, 84,4 una hora después— y la llamada de Juan Carlos Rubio, el autor y director de mi función.

—¿Mariquita mauriciana? ¿Qué paaaasa?

Siempre que nos llamamos, nos saludamos así: con el «qué paaaasa» muy exagerado, como de maricón verbenero andaluz, y con algún toponímico alusivo al lugar donde nos encontremos: «Sarasa de las marismas», «Mariquilla de la costa», «Bujarrón del norte» y demás.

—¿Te lo estás pasando bien en tus vacaciones?

—Sí. El sitio es bonito. Pero no espectacular.

—Bueno, es que tú ya has viajado mucho.

Lo dice sin doble sentido, sin ironía, como para hacerme entender que cada vez será más difícil que le pueda aplicar a algo o a alguien el adjetivo *espectacular*. La pérdida de la capacidad de sorpresa que va pareja a cumplir años. No hay más.

Aun así no era eso lo que me estaba pasando con Mauricio, que un poco también. Echando la vista atrás,

me doy cuenta de que conforme va aumentando mi popularidad, Fermín y yo contratamos hoteles cada vez más caros y lejanos. No salimos de vacaciones; huimos de España. Y nos estamos haciendo expertos en lugares tan recónditos como exquisitos. Disfrutamos con ellos. Seychelles, Maldivas, Langkawi (Malasia). Sin embargo, esta vez estaba siendo distinto. Cierto es que nos alojamos en un lujoso Four Seasons, en una villa al borde del mar, pero no me encuentro cómodo con lo que me rodea.

El domingo de nuestra llegada ya nos tocó pelearnos. Fuimos a cenar al restaurante italiano del hotel y no nos permitieron pasar porque íbamos con Havaianas. Tuvimos que volver a la habitación para calzarnos unas deportivas. Entonces nos dejaron entrar y, una vez sentados y con mi mal inglés, intenté explicarle al camarero que no entendía que nos impidieran la entrada con chancletas, pero que sí pudiera haber niños corriendo entre las mesas.

—¡O que ese señor de ahí —señalé a un inglés que estaba sentado en una mesa de mi izquierda— pueda venir con esas zapatillas tan horrosas!

—Bueno, pero es que son zapatillas que están cerradas —se excusó el camarero.

Creo que a partir de ese incidente saltaron las alarmas en el hotel: creyeron que habían detectado a la típica pareja conflictiva. No lo somos.

Por las mañanas desayunamos rodeados de matrimonios ingleses con hijos blanquitos, rusas envueltas en brillos supersónicos y mujeres árabes tan exquisitamente maquilladas como Rania de Jordania. Creo que nosotros somos los elementos folclóricos: los únicos gays. Los camareros del hotel nos saludan por nuestro apellido y memorizaron desde el primer día que no queríamos apio en el zumo y que Fermín tomaba leche de soja fría con el café.

Fermín y yo todavía somos jóvenes, pero advertía que estábamos haciendo una vida más propia de cincuentones que de cuarentones. Tampoco tenía claro cuál era la solución: ¿enrolarnos en uno de esos cruceros gays en los que la gente se pone hasta el culo? Hombre, para ir solo sí, pero en pareja me parece un coñazo. De copas, y no te digo ya de drogas, se tiene que ir sin novio. Los novios molestan porque espantan a posibles huéspedes.

El caso es que Juan Carlos, el director de la obra de teatro, estaba entusiasmado. Me llamaba para preguntarme si podíamos quedar el martes para hacer una lectura del texto porque tenía que empezar a pasárselo al escenógrafo y al director musical.

—¿Yaaa? ¡Qué ilusión me hace! ¿Estás contento?

—¡Mucho! Estoy disfrutando muchísimo, me lo estoy pasando teta. Y la presencia de Kiti como tu madre me está dando mucho juego. Vais a compartir un número musical que será la bomba, la gente

se pondrá en pie, ya lo verás. ¡Eso sí que será espectacular!

Al colgar siento una ligera inquietud. Una punzada de envidia, para ser más exactos. Juan Carlos y yo estábamos muy felices porque Kiti Mánver había aceptado trabajar en la función: aparte de que ambos le tenemos muchísimo cariño, es una actriz colosal. Y ahí radica precisamente el peligro: que me aplaste en escena. Tenía que confiar en Juan Carlos, aunque, siendo como soy, me preocupaban de antemano los titulares del día siguiente al estreno. Inmediatamente se me vino uno a la cabeza: «La actriz sepulta al presentador». Y luego otro: «Kiti deja en ridículo a Jorge J.». Y otro más, incluso: «¿Es necesario que Jorge J. salga en su función?».

Sé que me están esperando. Y que me van a examinar con lupa. Suponía que tantos años en primera línea de batalla me habían inmunizado contra la mala leche, pero me equivocaba.

Con motivo de la presentación de *Iba en serio*—que así se llama mi espectáculo— organizamos una rueda de prensa en Madrid que fue todo un éxito. Cerca de cincuenta medios y varios programadores de importantes teatros se acercaron al Compac Gran Vía, que es donde representaremos la función en Navidades. Fue un miércoles glorioso. Sentí el cariño de los compañeros de la prensa que vinieron a cubrir el acto y los miembros del equipo —Juan Carlos, Kiti, Julio

Awad (el director musical) y yo— salimos entusiasmados. Hasta que llegó la mañana del sábado.

Intuía que uno de los periódicos más leídos del país me dedicaría un artículo negativo como premio a mi osadía. Acerté. Lo hacían incluso cuando trabajaba para ellos. Lo que no sabía es que fueran capaces de publicar un artículo que no podría participar en un concurso de mierdas por abusón. El titular ya lo decía todo: «¿Es cultura la vida de Jorge J.?.». Entiendo que quien leyera el artículo dijese de buenas a primeras: «Pues claro que no. ¿Cómo va a ser cultura la vida de este tío?». Claro que, poniéndonos bravos, a priori la vida del Lazarillo tampoco tiene mucho poso cultural, y mira dónde ha llegado. La cuestión no es esa, está claro.

No contento con ese titular, el periodista lanzaba más carnaza: «*Iba en serio*, la comedia musical sobre su vida, se representará en teatros públicos pagados con los impuestos de los ciudadanos». Aquí la cosa se volvía más seria. Más viscosa. Desprendía un tufillo manipulador insoportable. Porque lo que intentaba vender el periodista era que las veleidades artísticas del famoso y rico rey de la telebasura correrían a cargo del sufrido contribuyente. A estas alturas de la película, el lector debía de estar ya cagándose —y con razón— en todos mis muertos. Sin embargo, el periodista faltaba a la verdad: precisamente en los teatros que se mencionaban en el artículo íbamos a taquilla,

lo que quiere decir que el teatro se llevaba un tanto por ciento y yo, como productor, otro. Y tal y como se estaban desarrollando los acontecimientos —a seis meses vista del estreno las entradas estaban a punto de agotarse en el Cervantes de Málaga—, aquellos que contratasen mi espectáculo ganarían dinero.

Para dar mayor realce al artículo, el periodista contactó con dos actores tan entregados que cada vez que se suben a un escenario parece que conectan sin interrupción con Talía. Uno de ellos manifestaba: «Que lo lleven a un teatro público evidencia las pésimas políticas de difusión cultural llevadas a cabo por parte de los que nos gobiernan». El otro: «Es una irresponsabilidad por parte de los programadores públicos, que son funcionarios pagados por todos, llevar este tipo de montajes a sus escenarios. Telecinco es una cadena que tiene varias sanciones por vulnerar los horarios infantiles, así que allá ellos, pero el teatro debería estar al margen de estas cosas. No se puede contagiar de lo malo de la televisión. Pero respeto todos los gustos y también esos programas, que mi madre los ve y no voy a censurarla».

Para empezar, la que no tenía nada que ver con mi aventura teatral era mi cadena. Paradójicamente, el actor que la mencionaba acababa de trabajar para ella en una serie. Pero, además, ¿estaban dando a entender, o al menos así me lo parecía a mí, que los contribuyentes que pagan sus impuestos no tienen

derecho a ver lo que les salga de las narices? ¿Acaso sabían que no se iba a obligar a nadie a ir a verme? ¿Habían valorado estos actores que existirían honrados contribuyentes que preferirían verme a mí en vez de una obra intensa hecha por actores intensos que solo entienden ellos mismos y sus intensidades? ¿Se les había pasado por la cabeza que habría gente que al ir a verme tal vez pisara por primera vez un teatro? ¿Se alegraban por ello? ¿O acaso consideraban que solo son dignas de pisar un templo artístico aquellas personas que conozcan las obras completas de Tennessee Williams? ¿No deberían estos actores llamar a Juan Carlos Rubio —autor y director con prestigiosos premios a sus espaldas— y disculparse, puesto que sin saber de qué iba la función ya la habían crucificado? Agradecí de veras las palabras que en el artículo me dedicaba Mario Gas: «No hay que condenar el montaje de antemano porque Jorge J. es una persona muy inteligente». Contribuyeron a aliviar mi ánimo.

Peor fin de semana pasó Juan Carlos. Lo llamé de buena mañana para comentar lo que se había publicado. No lo había leído. Se lo conté por encima. Me pidió tiempo para leerlo antes de emitir una opinión. Recibí al momentito un whatsapp suyo:

«Sin duda eres importante. Tanta molestia en destruirte».

A las dos horas, otro:

«Y yo me pregunto: ¿es cultura la vida de una chica playboy? Porque en la Royal Opera House van a estrenar una función sobre la vida de Anne Nicole, una de ellas. Los dos actores que hablan en el artículo deberían dirigirse al teatro y exigirle un poco de rigor».

Tres horas más tarde, dos más:

«Necesito urgentemente un listado de lo que es cultura o no. ¿Comerle la polla a un actor es cultura?».

Hasta que el lunes por la mañana no pudo más y estalló. Me llamó muy temprano.

—Mira, Jorge, estoy cabreadísimo. Ayer me quedé hasta las tres de la mañana redactando un artículo en respuesta a ese periódico. Me ha quedado precioso, pero no lo voy a publicar. Aunque nos cueste, vamos a callarnos. Hemos hablado con el programador de Málaga y nos ha recomendado prudencia. Confía en mí, en ti y en que hagamos un buen espectáculo. No alimentemos la bola, permanezcamos en silencio y pongámonos a trabajar.

—A la orden.

Un par de días más tarde recibí un último y definitivo mensaje de Juan Carlos referido a este asunto:

«X. me ha dicho que te diga que olé por invertir en teatro, que olé por lo mucho que vas y hablas de teatro en tus programas y que desde luego alguna gente de la profesión se debería meter la lengua en el culo».